

LA TARDE

Año II

Lorca 26 de Marzo de 1906

Núm. 213

CLÍNICA MEDICO-QUIRURGICA á cargo del reputado médico. **DON PEDRO IBAÑEZ TORRES**

ESPECIALIDAD
— en —
ENFERMEDADES DE LA MATRIZ

Horas de consulta de 9 de la mañana á 1 de la tarde

PROVISIONALMENTE FONDA DEL COMERCIO

Nombres de los Sres. Concejales que han autorizado con su voto lo que, en vez de distribución de fondos, puede llamarse amplia autorización al alcalde D. Rafael Campoy para "aplicar," lo que ingrese durante el mes:

- D. Eulogio Periago Pérez.
- D. Nicolás de los Ríos Soler.
- D. Jerónimo Arcas Sastre.
- D. Francisco Carrasco Sánchez.
- D. Francisco Carrasco Ruíz.

De cuya rara, expresiva y especialísima forma de "distribución," (?) protestaron é interpondrán nuevo recurso de alzada, los Concejales D. Manuel Millana Benítez y D. Alfredo San-Martín.

COMENTARIOS A LA SESIÓN

Por ahí no ha de ser. El cuento del gitano

Pocas, muy pocas veces desde que en Lorca se celebran sesiones á puertas abiertas, habráse visto un afán tan marcado, un deseo tan manifiesto de hablar sin ton ni son, como se dice vulgarmente, con el único fin y objeto de hacer perder la calma á nuestro representante en el Municipio Sr. San-Martín.

Pasáronse de listos los Sres. Concejales y dejaron ver á todo el mundo las intenciones que los guiaban, los propósitos preconcebidos de combatir de una manera sistemática á nuestro compañero; y es, que cuando no hay base sólida sobre que fundar los argumentos, todos son equilibrios, ó lo que es lo mismo; palabras, palabras y palabras; como decía el Príncipe de Dinamarca; pero que á penas salen de los labios, se pierden, se extinguen sus ecos, sin dejar la más leve huella.

Algo así pasó á los Sres. Carrasco Sánchez, y Carrasco Ruíz en la sesión del viernes último.

En el primero de los asuntos que se debatieron, el de las láminas famosas, mostró, como siempre, su criterio el Sr. Millana de que no se vendieran, entendiendo que hecha la liquidación de los intereses de todos esos bienes, bastaban estos á remediar ó ayudarían eficazmente al remedio de la crisis agraria porque atraviesa el país. Y bastó que á esa opinión se adhiriera el Sr. San-Martín, para que el Sr. Carrasco Sánchez creyendo que iban á temblar las esferas ante la fuerza de sus argumentos, se apresurara á poner de relieve la contradicción en que á su juicio, incurría el Sr. San-Martín participando de la opinión de Millana. No logró su objeto, no podía en manera alguna lograrlo, porque no pierde con facilidad la calma el Concejal republicano y claramente explicó, sin dejar lugar á duda, porqué reformaba su criterio. No perdiendo de vista que el Sr. San-Martín propuso, si señor, propuso la venta de parte de las láminas, sino había otros medios,—

con estas mismas frases—habiendo otros y á juicio del Concejal republicano otros son los del Sr. Millana, á ellos se ajusta y como buenos los acepta; y es tan lógico el proceder como natural y corriente. Pero no bastaron estas explicaciones al señor Carrasco, que repitió unay cien veces lo dicho anteriormente, pretendiendo estrechar á San-Martín, cuando en realidad, planteada la cuestión en esos términos, estrechaba el vacío, porque la discusión no tenía ya razón de ser con el Concejal aludido, sino con el Sr. Millana que era el iniciador y autor del voto en contra de la venta. No había estudiado el asunto el Sr. San-Martín, y era natural, toda vez que no figuraba expresamente en la orden del día, y con gran oportunidad cortó el debate que se hubiera hecho interminable sin que condujera á nada práctico; y los que pretendieron estrecharle, quedaron estrechados, dentro del círculo de hierro del sistema empleado.

Y entróse á tratar la cuestión de los Concejales, es decir, su no asistencia á las sesiones.

Asunto es este de tanta importancia, que solo el consignar que las sesiones municipales en Lorca se celebran con seis, ocho ó diez Concejales no más, siendo treinta y seis los que componen el Municipio, es una verdadera vergüenza para el país. Podemos decir muy alto que no hay población en España de la importancia de la nuestra—por su número de habitantes—que ocurra lo que aquí, respecto á ese punto.

¿A quién deben el acta esos señores Concejales que no asisten á sesión? ¿Es á los votos ó al pucherazo? Si á los primeros, esos miembros del municipio faltan á sus deberes, burlan á los electores de sus distritos y dejan al país huérfano de representantes en la Casa del pueblo. Pero si el alcanzar tal categoría lo deben al pucherazo, entonces, señores Concejales ¿dónde está el arraigo, el prestigio y la poderosa influencia de esos partidos? ¡Mentira y mil veces mentira! Aquí no hay tal arraigo, ni tal prestigio, ni tal influencia, señores turnantes, los de la administración deshonorosa; aquí no hay más, que afán de tu-

rrón en unos, ansias de importancia vana y ridícula en otros, hipocresía en los de más allá, é ignorancia crasa y servilismo indigno en la masa de ambos partidos; y amasando todas estas relevantes condiciones de sus partidarios, los insignes jefes, se pavonean orgullosos haciendo alarde de un poder que no tienen, de un prestigio de que carecen, de una influencia entre los suyos, que causa risa viendo los móviles que á cada uno impulsan. ¡Valiente prestigio político! A los del país que no comulgan con ruedas de molino, y á los forasteros, por fortuna nuestra, les vasta con conocer los nombres de los caciques y caciquillos de los partidos turnantes para apreciar en toda su extensión las simpatías y el arraigo que tienen en Lorca.

Hay muchos partidarios de uno y otro bando, que en sus reuniones políticas, cuando las tienen, ensalzan á sus amos con vitores y alabanzas, con aplausos sin cuento; y en tanto que sus manos baten palmas y al Jefe envían sonrisas cariñosas, acude á sus exaltadas imaginaciones el cuento del gitano.

Erase que se era un gitanillo chusco y travieso, que en unión de otro compañero se dirigía á la feria, donde pensaba vender un borríco que por delante llevaba.

La pobre bestia, con más años que Matusalem y más dolamas que años, caminaba con paso tan perezoso, que por liebre habríase tomado á una tortuga que caminara al lado del jumento.

Sentaba el gitanillo la bara en los costillares del animal sin piedad alguna, dábale voces para que avanzara el paso, y ni los palos ni los gritos, tenían eficacia, por lo que, desesperado el chavó, plantóse en mitad del camino; midió con la vista á la bestia, fijóse después con gesto picaresco en el que lo acompañaba, y contoneando el cuerpo con la gracia peculiar en su raza, dijo:—Compare, ¡y que tenga uno qué decir que esto es güeno!

El cuento del gitano, lo repiten á diario conservadores y liberales turnantes. Chipén.